

Craso error

La apología del dinero está depositando la soberanía en manos de los más ricos, a quienes, como enseña la historia, conviene vigilar

IRENE VALLEJO

06 ABR 2025 – EL PAÍS

En la historia universal de las grandes fortunas, el romano Marco Licinio Craso escribió un capítulo destacado —y desalmado. “La mayor parte de sus bienes los adquirió gracias al fuego y a la guerra, siendo para él las miserias públicas de grandísimo provecho”, escribió el historiador Plutarco. Se rumoreaba que era dueño de un tercio de los edificios de la Urbe, por entonces próxima al millón de habitantes. [Se hizo famoso al afirmar que nadie podía presumir de ser rico si no podía mantener a sus expensas un ejército personal](#). Con sus soldados, sus minas de plata, sus viviendas, sus pujantes negocios de venta de esclavos y préstamos con altos intereses, Craso gobernaba un reino propio dentro de la República romana.

La riqueza tiende a ocultar su pasado mientras promete la posesión del porvenir, por eso las grandes fortunas no suelen confesar el verdadero origen de sus ganancias. [Gracias a Plutarco conocemos la fuente de la abundancia de Craso](#): aprovechó las turbulencias de las guerras civiles para comprar a precios irrisorios las propiedades de los proscritos en las sucesivas represiones. Además, ante los habituales incendios causados por los materiales y el apiñamiento de los edificios, urdió un plan brillante: organizó la primera brigada de bomberos de la ciudad —mientras, según rumores, daba trabajo a una banda de pirómanos—. Cuando una casa ardía, sus esbirros se negaban a apagar el fuego hasta que el angustiado dueño les vendía el inmueble por una pequeña fracción de su valor. Así la mayor parte de Roma vino a ser suya. Añade Plutarco que solo edificó para especular, nunca para su propio disfrute. Solía decir que los amigos de obras se arruinan a sí mismos sin necesidad de otros enemigos.

La reputación de Craso sufrió altibajos. Lo acusaron de seducir a la virgen vestal Licinia, delito castigado con la muerte —de ella, por supuesto—. Licinia fue absuelta cuando, durante el juicio, se reveló que la vestal poseía una finca suntuosa, y todos comprendieron que el sueño húmedo del millonario consistía en comprársela. No era sacrilegio ni lujuria: era codicia inmobiliaria. La Roma clásica conoció todas las caras de la especulación en el alquiler y la venta de vivienda. Algunos grandes personajes, entre ellos el mismísimo Cicerón, obtenían grandes beneficios de la desesperada necesidad de alojamiento en la capital. Los magnates de la época construyeron grandes fortunas edificando casas con materiales baratos y alquilándolas a precios costosos. El poeta Marcial ya se indignaba hace dos mil años con el medro del sector: “¿Para qué confiar la educación de tu hijo a un maestro? No le hagas [leer los libros de Cicerón ni de Virgilio](#): haz de él un perito tasador”. Como hoy, las crisis y desahucios provocaron una progresiva concentración de la riqueza en cada vez menos manos. El apetito de beneficios abundantes se tradujo en prácticas abusivas. Muchas viviendas existían menos para vivir que para invertir.

La biografía de Craso muestra que el gran dinero necesita acercarse al poder para derribar obstáculos y multiplicar sus ganancias. Junto a los dos grandes ídolos militares

del momento, aquel negociador implacable orquestó el primer triunvirato romano, una alianza de ambiciones. Pompeyo necesitaba que el Senado ratificase unas medidas de su interés, Julio César deseaba ganar las elecciones y Craso quería apuntalar contratos públicos y favorecer negocios privados. Sellaron un pacto completamente extraoficial, aunaron recursos, contactos e intereses para alcanzar lo que anhelaban a corto y largo plazo. Esa inédita acumulación de poder desintegró la urdimbre de la República y abriría camino a las dinastías de emperadores autoritarios.

Sin embargo, el mundo nunca es suficiente para quien todo lo posee: el ávido Craso envidiaba las victorias militares de Julio César. “No paró ni sosegó hasta causar a la patria las mayores calamidades y precipitarse él mismo en la perdición”. Cuando ya había sobrepasado los 60 años, se empeñó en conquistar el país de los partos, territorio clave para abrir rutas comerciales hacia oriente. El negocio de la guerra no le sonrió: fue abatido durante una desastrosa expedición bélica y, según el historiador Dion Casio, los partos vertieron oro fundido en su boca como burla de su codicia. A pesar de su enorme astucia, su nombre ha quedado asociado a una equivocación imperdonable, a un craso error.

La literatura clásica exploró la propensión al descalabro de los poderosos por creerse infalibles, por fallos estrepitosos, por desconexión con el mundo y por megalomanía. Según los antiguos, son precisamente los triunfadores quienes corren más riesgo de perderse, prisioneros de la envidia y la soberbia. En el éxito —creían— anida el germen del orgullo desmedido que conduce primero a la embriaguez de poder, luego a la ceguera y, por fin, a la caída. Una palabra griega describía ese proceso: *hybris*. Cuando individuos en la cumbre humillan y maltratan por prepotencia a un prójimo al que consideran inferior, los dioses se vengan derribándolos. Así explicaban el ocaso de grandes líderes y el naufragio de los imperios. El historiador griego Heródoto enfocaba la historia como una tragedia que reproducía esa lógica, un drama cuyo argumento era el apogeo y decadencia. Según su visión del mundo, la violencia desencadenada por las potencias arrogantes acaba arruinándolas y creando un nuevo orden, a su vez frágil y de nuevo en peligro.

Solo algunas décadas después de aquella debacle bélica, en Judea —la periferia del Imperio—, el hijo de un carpintero se atrevió a afirmar: “Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres”. Pese a su insignificante fortuna personal, terminó por ser más célebre que Craso. Nuestro mundo vive sumergido en una desaforada apología del dinero que deposita la soberanía en manos de los más ricos; a quienes, como enseña la historia, conviene vigilar. Cuando el poder económico y el político se funden —y se confunden—, empiezan a desmenuzarse los sistemas de control y nos dejan a merced de un líder, una jerarquía y una cuenta de resultados. Financian nuestra división y la destrucción de los contrapesos. [En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt](#) diagnosticó: “En la era del imperialismo, los hombres de negocios se convirtieron en políticos y fueron aclamados como hombres de Estado, mientras que a los hombres de Estado sólo se les tomaba en serio si hablaban el lenguaje de los empresarios con éxito (...) La preocupación primaria de ganar dinero había desarrollado una serie de normas de conducta expresadas en diversos proverbios: ‘El poderoso tiene razón’ o ‘Lo justo es lo útil’, que proceden de la experiencia de una sociedad de competidores”.

A diferencia del hambre, la sed, el sueño o la mayoría de deseos concretos, la avaricia no tiene descanso en la satisfacción momentánea. Quizá porque el dinero no es un bien sino la posibilidad teórica de acceder a todos los bienes, la ganzúa de todas las cerraduras, el descanso de las zozobras, la quimera de un porvenir sin miedos. Su brillo hace girar la peonza del deseo: por alcanzar la riqueza, hay quien sería capaz de pasar por el ojo de una aguja. Aunque depositar nuestro futuro en manos de los más ávidos es un caso de craso error, nos sigue fascinando el poder sin pudor.

Irene Vallejo es filóloga y escritora, Premio Nacional de Ensayo de 2020 por *El infinito en un junco* (Siruela).